



En la visión mecanicista del mundo que ha desarrollado a lo largo del tiempo la ciencia contemporánea, los seres vivos han sido vistos como entes gobernados por las leyes de la física y la química y, más recientemente, de la biología molecular y el imperio de los genes. La única diferencia existente entre los seres humanos y los demás es, como lo postulara Descartes, el que tienen alma, la cual se hallaría en la glándula pineal, suficiente como para que éstos se erijan en “amos y poseedores de la naturaleza”. Desde esta perspectiva, los animales han sido reducidos a meros autómatas, cuya capacidad mental, salvo excepciones, es tan sólo resultado de mecanismos automáticos, innatos o aprendidos a manera de un programa que se despliega. Las formas de comunicación que éstos tienen no han sido consideradas de manera distinta.

Los estudios realizados en torno al lenguaje animal, principalmente la ob-

servación de campo, generalmente se ha contrapuesto a esa visión —una de las grandes virtudes de la ciencia es su heterogeneidad—, y han dado pie a nuevas formas de abordar el tema, gracias a lo cual se ha podido profundizar en lo que constituyen las distintas formas de comunicación animal. Incluso en los últimos años se ha consolidado un campo de investigación denominado “zoosemiótica”, cuya manera de entender la comunicación abarca tanto los sonidos como otros signos corporales y expresivos, y no sólo al interior de una especie, sino también entre distintas, incluido el ser humano en su relación con los animales.

Con los textos aquí publicados al respecto deseamos dar a conocer un tema en su mayor dimensión posible, incluyendo el ámbito humano, la evolución de nuestro lenguaje, junto con una breve incursión en la literatura y relación con la actividad científica así como otras deri-

vaciones propias de la labor de edición, como qué es el lavado de cerebro y la adicción. Aprovechamos, asimismo, la conmemoración del centenario de la muerte de un gran comunicador gráfico, una relevante figura de la historia cultural de nuestro país, para rendirle un sentido homenaje: José Guadalupe Posada. Ilustramos todo el número con su obra, y nos permitimos armar collages de algunos de sus grabados para acompañar los temas tratados; asimismo introdujimos trabajos de Manuel Manilla, su contemporáneo, del taller de Ignacio Cumplido, su predecesor, y algunos de José Narro Celorrio —posterior y poco conocido— a fin de dar un pequeño panorama de lo que en ese periodo era este oficio en México, cuya vitalidad sigue siendo inmensa muy probablemente gracias al tremendo impulso que le proporcionó su inmortal obra ¡Larga vida a Posada! 🌀